

LA EXPERIENCIA ESPIRITUAL*

*André Louf, o.c.s.o.
Ste-Marie-du-Mont.*

El objeto que nos reúne aquí, en el compartir y en la escucha mutuos, es "tomar conciencia de la vida del Espíritu en nosotros", de los caminos que el Espíritu sigue y de los criterios de que disponemos para discernir, para identificar esta experiencia.

Sin duda alguna —Uds. lo perciben— esto constituye una tarea bastante importante, hasta urgente, en la Iglesia, hoy. Tanto más cuanto que cada año, por así decir, disponemos de nuevos criterios para aplicar a nuestra experiencia espiritual, al menos nuevos criterios aplicables en cada caso a una experiencia del hombre: los criterios de orden psicológico, de orden sociológico, de orden "religioso" —en sentido estricto—, aun de orden estético.

Sin embargo, la gran tentación, la gran confusión que nos acecha es conformarnos con esta tentativa, y finalmente exigir como normas absolutas, como verdaderos criterios suficientes lo que no hace sino rozar ligeramente la experiencia del Espíritu Santo en nosotros; este esfuerzo, en cambio, debería ser un incesante esfuerzo de confrontación y hasta un esfuerzo de combate y de enfrentamiento entre lo que del Espíritu Santo llevamos en nosotros y la luz que proviene de una reflexión profana, lo cual, por otra parte, es tarea propia de los teólogos.

Hoy constatamos (al menos a nivel de la conciencia clara que el cristiano y aun el religioso puede tener algunas veces) una especie de creciente insensibilidad en el ámbito propiamente espiritual, y una incapacidad para discernirlo verdaderamente. Insensibilidad debida en parte al hecho de que, sin quererlo tal vez, el cristiano pone su esperanza en ese arsenal de criterios nuevos que ahora tiene a su disposición. Por otro lado, en Occidente estamos bastante mal provistos por lo general para expresarnos a nosotros mismos nuestra experiencia del Espíritu Santo, y tal vez sea bueno que en esto nos encontremos en el punto de partida.

Estamos invitados pues a una toma de conciencia. Una especie de despertar a la realidad del Espíritu Santo en nosotros que, según la Escritura, realmente habita en nosotros, permanece en nosotros, gime en nosotros, clama en nosotros, intercede en nosotros; al que podemos contristar o extinguir en nosotros por tal o cual comportamiento, pero de quien somos perfectamente inconscientes, o casi inconscientes, pues nuestro corazón duerme. Un apotegma de Pambo que en su brevedad es extraordinariamente sugestivo dice así: "Adquiere un corazón y podrás ser salvado". "Adquiere un corazón", esto quiere decir que nosotros todavía no tenemos esa sensibilidad espiritual, ese corazón despierto que discierne y comprende las cosas del Espíritu. Asimismo nos es necesario tomar conciencia no sólo de que el Espíritu nos es dado, sino también de que él se despliega en nosotros, de que es esencialmente crecimiento; un germen ha sido depositado en nuestro corazón que es principio de vida, sopro de Dios, pero que se expande en nosotros, que nos invade, que nos envuelve, que nos ocupa enteramente, cuerpo, corazón e inteligencia, que escruta la fe, nuestros métodos, nuestras técnicas, nuestra conducta, nuestras actividades.

* Documento preparatorio al Congreso Monástico de Bangalore. Octubre de 1973

También hay en nosotros cierto número de sentidos interiores que deben ser despertados, sensibilizados a la actividad del Espíritu Santo, sentidos que se afinan a lo largo de la experiencia espiritual.

“El que todavía se alimenta de leche, dice el autor de la carta a los Hebreos (5,14), no puede gustar la doctrina de la justicia, porque no es más que un niño”. El alimento sólido es para los perfectos, para aquellos que por el ejercicio (en la Biblia de Jerusalén esta palabra está traducida por “costumbre”; pero no es exactamente esto sino más bien “ejercicio mediante el entrenamiento”) tienen el sentido moral educado en el discernimiento del bien y del mal. “El sentido moral” (esta traducción limita mucho el significado del original *aisthetéria*) la sensibilidad interior, esa connaturalidad profunda respecto de las cosas del Espíritu, que se entrena en nosotros por un discernimiento del bien y del mal, al menos en los perfectos.

Uds. saben que en la carta a los Hebreos la palabra “perfecto” no tiene el sentido que nosotros le damos hoy: los perfectos son los que han sido consumados en Cristo, como el mismo Cristo fue consumado por su obediencia y su pasión. Son los que, de una manera más instantánea, más urgente, han participado en el misterio de Cristo. Un poco más adelante, en el capítulo 6 de la carta a los Hebreos, el autor habla de aquellos “que fueron una vez iluminados, que gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, que han saboreado la buena palabra de Dios y las fuerzas del mundo venidero”.

* * *

Primero quisiera presentarles muy brevemente, insistiendo en algunos puntos tal vez un poco más, lo que se podría llamar —¿cómo diré?— el lugar subjetivo del Espíritu en nosotros o el órgano del Espíritu en nosotros, después los lugares del Espíritu en sentido objetivo: ¿dónde está presente el Espíritu? y a continuación, en un sentido muy particular, las actividades del Espíritu.

El lugar subjetivo, el órgano del Espíritu —soplo creador de Dios— es ciertamente el hombre entero, el hombre cuerpo y alma, cuerpo y corazón, si prefieren. También el cuerpo: el cuerpo no desaparece en el proceso de espiritualización, al contrario, pasa simplemente de su estado psíquico, como dice san Pablo, de su estado animal, de su estado carnal a un estado espiritual —existen cuerpos espirituales. Y todo lo que le sucede al cuerpo le sucede por el Espíritu. En san Pablo, es extraordinario ese respeto por el cuerpo y ese vínculo tan fuerte que establece entre el cuerpo y el Espíritu Santo, por ser el cuerpo, templo del Espíritu. Por el Espíritu son mortificados nuestros miembros que están en la tierra. Toda ascesis resulta así algo propiamente espiritual, una obra del Espíritu en nosotros, marcada por el Espíritu Santo. En cierta manera el Espíritu se adhiere a la carne y se encarna; y la carne se adhiere al Espíritu. Hoy, gracias a Dios, disponemos de cierto número de técnicas de ascesis interior y aun corporal, de higiene mental o espiritual, de higiene corporal, que podemos poner al servicio de la vida del Espíritu en nosotros, pero con la condición —me parece— de que en alguna parte, en el interior de esas técnicas, el Espíritu intervenga para sustituir esta actividad humana, para hacerla fructificar plenamente. Pues mientras nos quedamos en el esfuerzo humano, no somos capaces por nosotros mismos de hacer este paso de la carne al Espíritu; sólo Dios en la fuerza

del Espíritu puede iniciar en nosotros y llevar a su plena consumación ese proceso de espiritualización, de Pascua en el Espíritu, de paso hacia el Espíritu; la ascesis es signo y milagro del Espíritu Santo, y si no es en nosotros por encima de nuestras fuerzas, signo y milagro del Espíritu más allá de lo que podríamos alcanzar humanamente hablando, no es aún ascesis cristiana. Finalmente toda ascesis en el cuerpo, como es el caso del celibato para san Pablo, es adherir al Señor a través del propio cuerpo y, en el propio cuerpo, llegar a ser un solo Espíritu con él.

Pero ante todo, es el corazón el que verdaderamente es el lugar del Espíritu Santo, en él "el Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios". El corazón es el que escucha, consiente, es fecundado, asimila al Espíritu como asimila la Palabra y da su fruto de alabanza y de eucaristía.

* * *

Debemos hablar ahora de los lugares de la experiencia del Espíritu, donde la gracia pascal aflora sin cesar y se encuentra, por decirlo así, puesta a nuestra disposición.

Un primer lugar es la *Palabra* de Dios, de la que Isaías nos ha dicho que viene de Dios y no retorna a él sin haber dado su fruto en el mundo y en nosotros. Ahora bien la Palabra de Dios se inserta en el corazón del hombre que es como el lugar de su siembra en nosotros. Este impacto de la Palabra en nosotros es "original" en el sentido más fuerte del vocablo. En él nuestro corazón despierta y toda nuestra personalidad adquiere su verdadera medida, se identifica. Pues el corazón es propiamente hablando el órgano específico de la Palabra de Dios. La Palabra está hecha para el corazón del hombre, y el corazón está hecho para la Palabra. De aquí que nosotros no podamos captar plenamente la Palabra de Dios sino en el ámbito de nuestro corazón. Ella podría extraviarse en nuestra inteligencia, nuestra imaginación o nuestra afectividad superficial, pero entonces su vigor propiamente divino y creador se encontraría como debilitado.

La Palabra es en verdad esa espada de dos filos de la que habla la carta a los Hebreos (4,12), la única que puede alcanzar las profundidades del corazón del hombre, ponerlo al desnudo y revelarle a sí mismo. A tal punto que san Pedro en su primera carta puede hablar con toda verdad de un nacimiento a partir de la Palabra de Dios (1, 23). En efecto, nosotros somos reengendrados de esta Palabra como de un germen incorruptible, y su fruto en nosotros está destinado a sobrevivir a la carne.

Otro lugar del Espíritu en nosotros que sería bueno explorar, es el *Nombre* de Dios, concretamente el Nombre de Jesús, en el que nos ha sido revelada toda la plenitud de la divinidad. Este Nombre nos sitúa en el mundo y ante Dios. Hemos sido reunidos en el Nombre, y los hombres nos odian a causa del Nombre de Jesús. Llevamos este Nombre en nuestra frente, el Nombre del Cordero que nos marca en la frente y en el corazón; ese signo misterioso del que habla Ezequiel, la letra Tau del alfabeto arameo, que en tiempos de Jesús se trazaba en forma de cruz y en la que los cristianos han visto, desde el período judeo-cristiano, un símbolo de la cruz y de la resurrección.

Otro lugar donde el Espíritu nos prueba y donde tenemos experiencia del Espíritu es la *Voluntad* de Dios, o más precisamente la voluntad del Padre: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". La voluntad del Padre que es deseo de Dios, gozo de Dios, complacencia de Dios, que coincide con nuestra fuente más

íntima del ser, la más secreta en el Espíritu Santo y de la que, lamentablemente, no tomamos verdadera conciencia sino al enfrentarla. Pues nosotros nos enfrentamos con esta voluntad de Dios, o más bien, con nuestras pequeñas codicias, con nuestras voluntades propias, como decía el vocabulario antiguo, nos oponemos al gran deseo de Dios que nos impulsa hacia la realización de su misterio.

Otro lugar que podría ocupar nuestra atención es la *Comunión*, la *koinonía* —la comunión del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia y que lenta pero firmemente se va reuniendo en el Espíritu Santo— con todo lo que esta comunión representa de servicio propiamente evangélico, de participación, de proclamación de la Palabra, de servicio a los hermanos, y sobre todo de amor gratuito: “El que ama a su hermano ha pasado de la muerte a la vida”.

Otro lugar del Espíritu es el *Desierto*. El desierto que fue el lugar del Pueblo de Dios, el lugar adonde Jesús fue impulsado por el Espíritu cuando se retiraba a la soledad. Es también el lugar al cual la Iglesia es invitada hoy por el Espíritu Santo, como la mujer del Apocalipsis que se retira al desierto, precisamente en el momento en que la persecución se torna más violenta. No se trata aquí en primer lugar del desierto monástico, sino del desierto propiamente cristiano; el desierto monástico es un desierto material la mayor parte de las veces, pero que el monje vive como un sacramento de esta realidad de la Iglesia, un sacramento particular en el que él expresa su propia vocación, pues esa es la gracia particular que ha recibido. ¡Pero la Iglesia entera está siempre en el desierto, en situación de diáspora, y muy particularmente hoy!

Somos como repelidos por todos esos interrogantes que se nos plantean y a los que no podemos responder de inmediato, como empujados a un desierto interior que es al mismo tiempo una invitación a una profundización en la pobreza de la comprensión, puesto que estamos reducidos al testimonio del Espíritu Santo, el único que había en nosotros sin que tengamos que pensar por anticipado qué responderemos.

El desierto evoca otro lugar del Espíritu que es el de la *Tentación*. No de nuestras pequeñas tentaciones cotidianas sino de la única tentación, la gran tentación escatológica, la del fin de los tiempos, que ya vivimos, que sin cesar debemos reconocer y discernir en lo que nos sucede, en las contrariedades y sufrimientos en torno nuestro. “Considerar como un gran gozo, dice Santiago al comienzo de su carta, el estar rodeados por toda clase de pruebas; es para esto que habéis venido...” Es en ese preciso momento, en el momento de la tentación, cuando verdaderamente el testimonio del Espíritu Santo se hace claro y elocuente en nosotros, y es en medio de la tentación donde, entre cristianos, nos reconocemos hermanos.

La tentación nos sitúa de una manera totalmente nueva frente a Dios. Es una brecha que se abre en nosotros. Toda tentación cuestiona cierto número de estructuras, pero no sólo estructuras de Iglesia, sino también estructuras de nuestra propia personalidad interior. Porque desconcierta, porque nos confunde, porque abre una brecha, porque nos despoja de algo nuestro, constituye al mismo tiempo la posibilidad de un desbordamiento de la gracia y de un crecimiento en el Espíritu Santo. Con la condición de que aceptemos este despojamiento y así aparecer en nuestra debilidad y en nuestra pobreza que es pronto asumida por el poder de Dios

que se manifiesta en nuestra debilidad. Esto es esencialmente la *hypomone*, la paciencia.

Y, finalmente, —aquí seré breve, pues no tenemos la experiencia de ello— otro lugar del Espíritu Santo, muy importante, tal vez el más importante, es la *Muerte* donde todo nos es dado a la vez como un fruto maduro que nos espera al fin de una larga iniciación, de un largo entrenamiento. En esto, ya que nosotros no podemos dar nuestro testimonio, sería interesante tal vez estudiar y analizar los testimonios de los moribundos; quizá en ellos podamos reconocer los verdaderos criterios de la experiencia del Espíritu.

* * *

Quisiera ahora resumir brevemente cierto número de actividades del Espíritu en nosotros, pero tomo la palabra "actividad" no en el sentido que le damos en nuestro vocabulario sino en el sentido bíblico de *energeia*, de las energías del Espíritu Santo en nosotros o de virtud en el sentido de *dynamis*, el dinamismo del Espíritu Santo en nosotros. Así, si ustedes quieren, la primera actividad, la primera energía del Espíritu Santo es la *metanoia*: el *Arrepentimiento*, ese darse vuelta del *nous* (*meta-noia*), ese viraje del corazón, que constituye nuestro primer momento de verdad delante de Dios, delante de nosotros mismos y delante de nuestros hermanos, y que para algunos Padres de la Iglesia implica normalmente el bautismo de las lágrimas, que es para ellos la señal de que el Espíritu Santo comienza a investir el cuerpo del hombre: entonces verdaderamente el hombre capitula, cede en sus resistencias, llora.

Aquí habría que hacer un paralelo con ciertas experiencias de orden psicológico o psicoanalítico; se establece como una *katharsis*: el hombre llora, el hombre se rinde, se rinde al Espíritu Santo, a esa nueva conciencia de sí mismo que adquiere en el bautismo de las lágrimas. Sin duda alguna nos damos cuenta de que el arrepentimiento no sólo es un tema difícil de abordar hoy sino que es también, con relación a los complejos de nuestra época, uno de esos temas que resulta muy difícil de ubicar y vivir en su autenticidad. Sin embargo sigue siendo esencial. En general hoy el arrepentimiento es rechazado; vivimos haciendo equilibrio entre la neurosis obsesiva que caracterizó la época anterior a nosotros y el desbordamiento adolescente, la agresividad adolescente de una época que se libera de esta neurosis. Y la evidencia del pecado no puede sino desarrollar una angustia insoportable para quien es devorado por la angustia. El pecado era intolerable para la espiritualidad anterior a la nuestra, y procuraban liberarse del pecado por lo que los antiguos Padres llamaban en griego la *dikaïoma*, es decir la pretensión de justicia, la pretensión de ser justos — el pecado es intolerable! Se pretende ser justo observando desde el exterior cierta ley, cierto número de reglamentos. De hecho se huye de la *metanoia*. O bien, nos hallamos hoy en el desbordamiento adolescente, en la agresividad que es también neurótica y para la cual también el pecado es insoportable, y que hasta llega a negarlo.

Otra energía del Espíritu, pero totalmente ligada a la compunción, es el *Nacimiento*. Debemos nacer del Espíritu, dice la Escritura, nacer de la voluntad de Dios que es amor, nacer de la Palabra de Dios, ser re-engendrados; es una experiencia en el Espíritu Santo. Aquí habría que hablar de la fe, que es esencialmente mirada en el Espíritu, discernimiento, el difícilísimo discernimiento, tan difícil que en todas sus cartas o en casi todas ellas, san Pablo ruega por sus destinatarios para pedir que Dios les revele plenamente su voluntad perfecta.

Otra actividad del Espíritu en nosotros es la *Mirada*. La mirada que prepara poco a poco la visión. "El mundo no me verá más, pero vosotros, me veréis pues yo vivo y vosotros viviréis". Nosotros vemos al Señor, no según la carne, no con una visión visualizable, lo cual es imposible, sino con una visión en el Espíritu Santo. Reconocemos a Cristo en las cosas, en los rostros, y finalmente en el icono que es la expresión de esta visión interior que llevamos en nuestro corazón.

Otra energía del Espíritu en nosotros es el *agape*. Es el *Amor* en tanto que signo de que hemos encontrado a Dios, de que hemos sido perdonados por Dios. Somos la reproducción, la prolongación del *agape* de Dios que ha desbordado de nuestro corazón y que distribuimos luego entre nuestros hermanos. Nuestro amor no puede ser sino la prolongación de ese amor que hemos experimentado por parte de Dios. Aquí podríamos preguntarnos: ¿En qué medida pasamos primero por este amor de Dios para poder distribuirlo, compartirlo con los hombres? ¿En qué medida hay que tomar otro camino, el de procurar primero amar a los hombres para descubrir, a través de este amor aún imperfecto, vacilante, a menudo tambaleante, el amor de Dios? Ciertamente el Espíritu conduce por ambos caminos que no son los mismos.

Otra energía del Espíritu, en clima cristiano, es el *Abajamiento*. No empleo la palabra "humildad", porque en el sentido en que la empleamos no se da, pienso, sino en un segundo tiempo. Antes de ser ese juicio sobre nosotros mismos, la humildad es una situación. Es una situación de abajamiento a ejemplo de Cristo; "el que se humilla será elevado". Abajamiento que no es valedero sino en el Espíritu Santo. Aquí sin duda sería necesario hacer un lugar a la obediencia religiosa, en tanto que ella es una situación de sujeción, de sometimiento a otros hombres, practicada por amor del Señor y para imitarlo.

Otra energía del Espíritu es el *Combate*. Combate que se libra con la espada del Espíritu y con el vigor de la fuerza de la gloria de Dios. En el interior de este combate se sitúa la virtud cristiana por excelencia, que es la *Paciencia*. La admirable *hypomoné* que nada tiene que ver con el estoicismo o con actitudes y formas de soportar propiamente paganas. "Animados por una poderosa energía, por el vigor de su gloria, adquiriréis una perfecta constancia y la fuerza para soportar", en esta fuerza de Dios, que es la fuerza del Espíritu, que caracteriza al cristiano aferrado a la Palabra, que dará el fruto de la Palabra en la *hypomoné*, dice san Lucas, en la paciencia. El cristiano conserva la Palabra, guarda la Palabra, pero en el sentido fuerte del vocablo; está aferrado a la Palabra, contra toda esperanza, más allá de toda esperanza, tendido en la espera, tironeado por su deseo y ya animado por una gran seguridad. Todo esto es lo que quiere decir esa palabra que muy probablemente —por no decir ciertamente— es una palabra del mismo Jesús "*in patientia vestra possidebitis animas vestras*"; si se procura retraducir esta frase latina y griega un poco enigmática, al original arameo, pienso que se obtiene la frase siguiente: "En la paciencia adquiriréis vuestro verdadero rostro". Seréis plenamente vosotros mismos; vuestra verdadera personalidad de cristiano se realiza en la paciencia.

Finalmente, la última energía del Espíritu en nosotros, el doble fruto del Espíritu, pues en efecto es doble y no podemos disociarlos, es por un lado el *Testimonio* y la proclamación de la Palabra, y por otro la *Oración*. Los dos caminos son posibles, los dos caminos son valederos, los dos caminos son uno, porque son el fruto de la Palabra en nosotros cuando ésta verdaderamente ha llegado a la madurez en nuestro corazón y es proclamada en nosotros por el Espíritu Santo. En la vida de san Antonio escrita

por san Atanasio, este último habla del doble martirio de san Antonio —es muy curioso. Se trata en primer lugar del testimonio que Antonio va a dar en Alejandría contra los arrianos, proclamando la Palabra por su presencia. Luego, se trata de la oración que San Atanasio llama “el martirio de la conciencia”: martirio en el sentido de testimonio, y conciencia en el sentido de órgano de la oración —es decir el corazón—, la interioridad. Este es el cristiano que ha adquirido la madurez de la plenitud de Cristo, hecho a la vez *testigo* y *orante*. Testigo continuo y orante continuo en el Espíritu. El Espíritu que, finalmente, se convierte en nuestra oración, en la medida en que su propia oración, su propio grito emerge de nuestro inconsciente y es asimilado por nuestro corazón.

*Tradujo: Hna. Ana María Santangelo, o.s.b.
Abadía de Sta. Escolástica, Argentina.*